



JOKIN AZKETA

DONDE VIVEN LOS DIOSES MENORES

UNA INQUIETANTE TRAVESÍA
POR LOS PIRINEOS

Desnivel

ÍNDICE

Prefacio	5
Un mapa arrugado	11
Sol entre las nubes	21
Con los pies en la cumbre	37
El vivac	47
Los huesos se rompen	61
Segundos de luz, horas de oscuridad	71
La vida sigue	97
La Bolsa de Bielsa	107
El pájaro negro	115
Carta sorpresa	125
Aludes pintados	137
Una foto en blanco y negro	147

DONDE VIVEN LOS DIOSES MENORES

Clandestinos	153
Las uvas de la ira	161
La ventana indiscreta	169
La niebla, la nieve y el sol	177
Las velas	191
Una señal en la niebla	199
En casa	205
El hijo del esclavo	211
Los archivos Nebrija	221
Polo Sur	227
Un cibercafé en Zermatt	237
Luchando contra el ogro	251
Epílogo	259

PREFACIO

Nunca me han gustado los entierros; tampoco los funerales ni esas ceremonias en las que, cumpliendo o diciendo que se cumple la voluntad del difunto, se esparcen sus cenizas por montes, playas o calles. La verdad es que podría mencionar cientos o miles de motivos por los que no me gustan, pero hay uno que sobresale y llama mi atención, y es que, en todos esos eventos mortuorios, siempre acaban por formarse dos grupos. Hubo un tiempo en que hasta bauticé mi disgusto como la teoría de los dos grupos, pero luego me di cuenta de que aquello era demasiado pomposo y que lo que yo pensara no podía ser tan importante como para llamarlo *teoría*. En cualquier caso, sigue sin gustarme verlos, y además me parece chabacano que sean tan fácilmente reconocibles a simple vista.

Me incomoda ver la soledad mal acompañada de los pocos que, de verdad, son cercanos al fallecido y sienten

su pérdida de corazón, frente a la despreocupación hiriente de la cuadrilla, siempre más numerosa, de los que por un sinfín de razones se han visto en la obligación de asistir al sepelio, a pesar de no haber sentido demasiado –o a veces nada– su muerte: seguramente serán antiguos compañeros, amigos de un hermano, primos de un sobrino, conocidos sin más...

Pero aún me desagrada más cuando me fijo en las caras del primer grupo y veo que en ellas arrastran la carga de la amargura profunda, la que se pega a los huesos y solo deja a su paso el rastro de la pérdida, del tiempo irrecuperable... El viejo martillo de la muerte ha caído sobre ellos y salta a la vista que no consiguen, tal vez nunca lo hagan, quitarse de encima su dolor. Viven en carne propia la historia que cada día y a cada hora se repite miles de veces en el mundo, pero de la que hoy, para su desgracia, son protagonistas.

Mientras tanto, los del otro grupo, los del B podríamos llamarlos, parlotean animadamente, eso es lo que más me disgusta, aprovechan para saludarse porque solamente se ven de funeral en funeral, y hasta es posible que, al rato, acaben por contar algo gracioso. Casi parece que disfrutan y, aunque no lo digan, tampoco les va mal que por esta vez el drama les haya tocado de lejos.

Si voy, pocas veces lo hago, procuro mantenerme apartado unos cuantos metros; si no puedo estar con el primer grupo, el de los allegados, por lo menos no quiero verme mezclado, o que de ningún modo me confundan, con los del segundo.

Tengo que decir que, además, tampoco sabía muy bien qué pintaba yo en el entierro de Jorge. Si lo hacía como recuerdo de otros tiempos en los que fuimos jóvenes o porque me apetecía revolcarme un rato en el barro

agridulce de la nostalgia, aún podía entenderlo. Pero si pensaba en hacer algún tipo de homenaje al fallecido, desde luego que no.

Siendo sincero, más podría haber venido para comprobar por mí mismo que el personaje no saldría más de su caja, ni sería capaz de recomponerse de sus cenizas, que para despedirle con un respeto que nunca le tuve mientras estuvo vivo.

Porque lo cierto es que respeto, apego, admiración o algo parecido no le tuve nunca, y es que no pude tenerlo, ni quise, y además, aunque hubiera podido, no habría querido. Desde el primer día me pareció un engreído inaguantable, aunque esto no es del todo cierto porque ni tan siquiera hizo falta un día entero, me lo pareció desde el primer minuto. Nada más verle noté que, aunque quería hacerse el simpático, me miraba desde una altura que, por lo que se ve, él sabía bien que yo no alcanzaría nunca. El Jorge que ahora mismo recuerdo era un cargante, satisfecho y bien pagado de sí mismo que, para colmo, hablaba de una forma dulzona, empalagosamente vacía y llena de frases hechas.

Y ese no era el problema, o al menos no era todo el problema; lo que nos separaba, lo que de verdad nos distanciaba como si fuéramos habitantes de dos galaxias lejanas, era que él sabía muy bien lo que hacía y por qué lo hacía. Tenía metas y objetivos que no eran los míos, si es que por aquel entonces yo tenía alguno, y cada paso lo daba siguiendo una brújula que le marcaba un rumbo preciso, mientras que yo era un personaje confuso, asustado, despistado e inseguro, atiborrado de angustia y de preguntas para las que, por más que buscase, no encontraba una sola respuesta.

Ahora pienso que posiblemente yo era demasiado joven, nada más que eso, y quizá me faltaba el

entrenamiento necesario como para poder ser protagonista de mi propia vida. Pero eso me lo parece ahora, cuando ya todo queda lejos y vivo a cobijo de una peluca de canas que, aunque estoy seguro de que no me ha mejorado en nada, al menos me ha quitado un poco las prisas.

La cuestión es que nunca nos entendimos y desde el día que nos conocimos siempre fuimos extraños el uno para el otro. Ni tan siquiera creo que nos odiáramos o nos tuviéramos asco... Estoy seguro de que para él no tuve el relieve ni la importancia necesaria en su vida como para que me odiara, y sé bien que le costó muy poco esfuerzo olvidarme.

Yo, por más que me pese, no puedo decir lo mismo. No le olvidé ni un minuto, al contrario, siempre le tuve presente y le seguí atento, escudriñando y rastreando cuantos detalles de su vida pude. Aunque, si lo pienso bien, tampoco lo hice con un odio cierto, del de verdad, sino que más bien seguí sus pasos esperando la pequeña o la gran venganza de verle caer, desmoronarse en su pedestal, y que de una vez dejara de ser Don Impecable, no sé, que alguien le pillara en algo sucio... o limpio, tanto me da, cualquier cosa, solo que le pillaran.

Pero no, me lo tuve que tragar y aguantarme, fue Jorge Perfecto hasta el fin de sus días.

La historia que ahora quiero contar no es la de Jorge ni tan siquiera la mía, que bien poco tendría de interesante, sino el relato de una travesía por los Pirineos en la que las cartas estaban marcadas desde el principio, en la que el principal jugador era un tramposo y en la que nada fue lo que parecía ser.

Tampoco puedo dejar de lado que ha pasado mucho tiempo; ha caído tanta agua desde entonces que quizá solo hayan quedado recuerdos desordenados y algo

confusos, *flashbes* descoloridos que el tiempo habrá ido mezclando y revolviendo. Quizá ni tan siquiera todo lo que cuente sea cierto. Pero con verdades o mentiras, con los agujeros del olvido en la memoria, esto es lo que me ha quedado rondando por la cabeza durante casi medio siglo.

Me he preguntado cientos de veces qué sentido tiene hablar de todo esto ahora, mil años después. Le he dado vueltas y más vueltas, y al fin creo conocer la respuesta y saber por qué lo hago. Contar aligera el peso de las cosas, nos ayuda con el lastre que arrastramos; bien mirado, es todo un privilegio, el de estar vivo; el que puede contar es el que no se ha quedado por el camino, es el que sobrevive y no solo porque ha tenido más tiempo para estar sobre la tierra, sino por haber podido poner orden, arreglarse con sus malos recuerdos, mantenerlos bien enjaulados y a raya.

Ahora, cuando por fin me decido a contar todo esto, sé muy bien la humillación que viví en aquellos años al saber que alguien había jugado conmigo; si me hubiera puesto a contarlo entonces se habría notado demasiado que lo que quería era vengarme aunque fuera sobre el papel. Ahora, sin embargo, con tanto tiempo de por medio le he ganado la partida a mi propia historia, soy capaz de escribir sin rabia. Conservo los recuerdos, la memoria y, sin embargo, he podido olvidar el odio y aparcas el resentimiento por el camino.

Seguramente un entierro no sea la mejor manera para empezar a contar nada, fue mientras miraba cómo empujaban la caja en la que Jorge hacía su último viaje cuando supe que me iba a quitar de encima la pereza o el miedo, o lo que fuera, y que de una vez pondría sobre el papel, una letra tras otra, toda aquella historia que

empezó mucho tiempo atrás, cuando el ácido corrosivo del paso del tiempo aún no goteaba sobre nuestras cabezas, ni nosotros podíamos verlo como lo que es: el más eficaz, incansable e insaciable de todos los asesinos en serie.

UN MAPA ARRUGADO

Pasamos nuestra primera noche en la parte libre, sombría y nada acogedora del refugio Restanca, que, como era costumbre entonces, solo abría sus puertas en verano. Jorge, el organizador de todo aquello, contó unas cuantas anécdotas, explicó sobre un mapa envejecido por el uso que puso sobre la mesa (en aquellos años era casi un prodigio tener uno) que nos encontrábamos junto a grandes montañas: los Besiberri, el Comaloforno o el Montardo...

—Si os fijáis bien, veréis que estamos dentro de un valle gigantesco que tiene al norte la sierra de Rius y que por el sur queda cerrado por esta gran uve que va del Tuc de Tort al Besiberri Norte y que sigue hacia el este por la sierra de Tumeneia, y un poco más allá podéis ver el Montardo que antes os nombraba.

Mientras hablaba, más bien mientras no callaba, siguió recorriendo con su dedo índice aquella cordillera de papel y contando cuáles eran sus planes; fue posándose junto al Aneto y el Posets, que eran para mí los únicos reconocibles, y también mencionó decenas, o cientos, de valles, pasos, picos y collados, de los que nunca había oído hablar y que me sonaron a chino. Una lista de nombres tan larga como aquella fue superior a mis fuerzas, hizo

que me aburriera y que perdiera todo interés por su cháchara monótona. Pero consiguió que mi imaginación despertara y, bostezando, comenzase a volar sola por encima de una larguísima ristra de valles perdidos y picos erizados que se sucedían, casi interminables, hasta el final del horizonte, y creí que todo aquello me gustaría. Está bien haber venido, recuerdo haber pensado con ganas de darme ánimos a mí mismo.

Ajeno a mi falta de atención, mejor decir esto a que estaba en el limbo, Jorge continuó señalando puntos en el mapa hasta alcanzar sin esfuerzo el circo de Gavarnie o el refugio de Góriz en Ordesa, que, al parecer, eran los puntos que tenía pensados como posibles destinos.

—Depende del tiempo y de cómo nos encontremos. Ya veremos —dijo.

Y después, mucho después, con el paso de los años, me di cuenta de que aquella frase, aparentemente simple y sin importancia, se me había quedado grabada. Es posible que me fijara en que la llevaba en la memoria cuando comprendí que, ya desde aquel momento, él, el guía, el responsable, el sabelotodo, sabía que no nos encontraríamos bien. Nada bien.

Durante un buen rato siguió con su charla y en un par de ocasiones quiso congraciarse con todos y ponerle a aquello un poco de humor. En fin, hacerse, para mi gusto sin éxito, un poco el chistoso, porque gracioso, lo que se dice gracioso, la verdad, no era. Hasta entonces me estaba pareciendo un tío bastante normal, aunque sí lo veía como uno de esos tan bien organizados, con todo tan ordenado y limpio, con todo tan previsto, que acaba por faltarles cualquier atractivo o interés.

Bien es cierto que en algún momento creí captar en Jorge una de esas miradas que parece que te radiografían,

no sabría explicarlo muy bien, pero había algo en sus ojos que te escrutaba, que te investigaba sin dar tregua. Hubo algo, un gesto, una mirada, que, aunque sea por un segundo, me recordó a esos que parecen saber algo de ti, algo que te desenmascarará y dejará indefenso frente a los demás, pero que lo guardan para utilizarlo cuando les convenga o lo necesiten y que no dudarán en utilizarlo cuando llegue el momento. Por primera vez en aquellos días me sentí incómodo y tuve el molesto presentimiento de que cualquier cosa que hiciera o dijera sería poco para Jorge.

La verdad es que creí que era demasiado pronto para pensar nada, que no debía mirar a Jorge como a un examinador dispuesto a suspenderme, que apenas nos habíamos visto unas horas y, aunque ya empezaba a notar ese runrún de que no me encontraría bien con aquel guía, preferí pasar página y dejarlo correr. Habría tiempo para todo.

Tras la cena llegamos al té y la graduación de la bebida debió de soltarle la lengua y ponerle algo melodramático porque se enfrascó en un discurso. Como pude comprobar más tarde, a Jorge le encantaban los discursos, que le escucharan y escucharse, sobre cumbres, valles y montañas:

—Subir a una cumbre tiene algo de conquista, de victoria, le hace a uno sentirse bien y desde luego me gusta, como a vosotros, estoy seguro, descubrir el paisaje, sufrir para poder ver qué hay al otro lado, todo es mágico... Pero cuando entiendo por qué me siento bien es cuando voy cruzando valles y collados, rodeando una montaña... Es entonces cuando me encuentro de verdad en paz y a veces me veo a mí mismo como uno de esos miles de peregrinos que solo por veneración dan cada

año vueltas en torno al monte Kailash, la montaña sagrada del Tíbet, donde nacen los grandes ríos y sobre la que nadie ha puesto los pies.

Se detuvo para tomar un poco de aire y supongo, para disfrutar del momento: tenía unos clientes que le escuchaban atentos y sin pestañear. Casi al instante, siguió:

—Yo, como ellos, tampoco subo, solamente doy vueltas y más vueltas cargado de respeto, de fervor, casi de adoración, y siento que las montañas me dan suerte, me hacen mejor; noto que me acercan a un cielo azul y a un aire limpio que me purifica... y luego están los nombres... todo en el Himalaya me hace pensar en lo sagrado, en lo eterno. Es como si los montes más altos estuvieran allí para ser la casa de los dioses y sus nombres nos lo recordaran: la Diosa Madre, la Diosa Turquesa, la Diosa Madre de la Abundancia... y sobre todo el Sisha, el Sisha Pangma, que un pico se llame El Trono de los Dioses a mí me...

La verdad es que era una buena historia, que tal vez podía haber sido hasta hermosa, inspirada, de esas que despiertan sentimientos, que hacen soñar; pero ya no pude más y tuve que desconectar, dejar de oír. Había algo, no sé, igual era la forma de hablar de Jorge queriendo hacerse el místico, que me resultaba cursi, blanda y difícil de soportar. En un segundo noté cómo toda la boca se me llenaba de una mermelada pringosa y recuerdo que pensé resignado: «Bueno, pues parece que todo pinta aún un poco peor que cómo me lo había imaginado. No sé si seré capaz de aguantar a estos personajes, y en especial a este, tantos días; de momento, será mejor que me vaya a dormir, que igual a mí también se me está subiendo el té y creo que para ser el primer día no necesito castigarme más; por hoy ya vale».

Apenas había dado tres pasos hacia donde mi saco me esperaba comfortable y con la promesa de ser un lugar reservado, cuando oí a mis espaldas la voz de Jorge:

—¿Ya te vas...? ¿Es que no te ha gustado la historia del Kailash?

Sin volverme, fingiendo buscar algo en mi mochila, descifré el mensaje: los niños buenos no se levantan de la mesa mientras al Doctor Sermón le queden ganas de hablar.

—¡Qué va Jorge! —le digo haciendo un esfuerzo por atinar exactamente con su mismo tonillo simpático— me ha encantado, te lo aseguro, pero estoy algo cansado y mañana quiero disfrutar, prefiero dormir.

—Ah, pues entonces perfecto —Jorge habla sin perder ni un minuto la oportunidad de mostrarse tan encantador como se cree—. Que descanses, mañana será un gran día.

Aunque seguí dándole la espalda, por el espejo retrovisor podía ver perfectamente su sonrisa postiza y falsa. Me fui hacia el saco sin añadir una sola palabra más y pensando: «Sí, la verdad es que estoy cansado, pero de oírte. Además, el té siempre me ha dado asco...».

Aquella misma tarde nos habíamos encontrado en Arties y, tras la palabrería habitual y hueca de los saludos y las presentaciones, comenzamos a subir por una pista de tierra dura que se nos hizo interminable, con todo el peso cargado a la espalda. Al fin, alcanzamos el punto en el que empezaba la nieve y pudimos, aliviados, sacar las botas y los esquís de nuestras mochilas y ponérmolos en los pies. Es difícil explicar el trance a quien no haya pasado por él; solamente con mentar las palabras «travesía invernal» a todo el mundo le viene a la cabeza la idea de mucha nieve y mucho frío. Pues bien, al principio no hubo

ni lo uno ni lo otro. Como os decía, hubo que remontar aquella pista de tierra dura con todos los trastos en la mochila y sumar el peso de los esquís y de las botas. Bien es cierto que unas zapatillas viejas, de esas que se usan para correr, permiten andar mucho mejor, pero también lo es que las botas a la espalda pesan lo suyo.

Lo que mejor recuerdo de mi primer día de travesía es un cielo muy cargado, como de tormenta, un calor anormal para la época de invierno y que el peso que llevaba a la espalda y aquella atmósfera opresiva y plomiza hicieron que me sintiera bastante incómodo y también algo abatido. «No pasa nada», recuerdo haber pensado sabiendo que a estas alturas del trayecto los ánimos suelen estar todavía intactos, «mañana empezaremos la travesía y todo me parecerá diferente, hoy solo es un prólogo».

Y así fue, al día siguiente salimos a primera hora de la mañana... Aquellos primeros pasos empujando los esquís para que se deslizaran sobre las pieles de foca parecían el principio, pero no, todo había empezado mucho antes, el día en el que una web empezó a danzar en el ciberespacio: www.aventuraseninvierno.com. La página propone una travesía en esquís a través de los valles del Pirineo Central:

«Diez días para un pequeño grupo con un guía. Se requiere buen nivel y experiencia en esquí de montaña para un recorrido en condiciones invernales llevando cada uno toda su carga».

Tras unas cuantas fotos de collados y cumbres bien cargadas de nieve y algún mapa, terminaba con una oferta sugerente:

«Ser capaces de superar, solo con tus propios medios, la dureza del Pirineo en invierno es una de las mejores experiencias posibles. No hay nada comparable

a la soledad de los valles nevados. Los interesados podéis enviar vuestros datos y tendréis rápida respuesta con detalles concretos, fechas y precios».

La idea de la travesía y conocer el Pirineo en invierno me atraían, pero apuntarme a un plan organizado me resultaba extraño y pensar en compartir tantos días con unos desconocidos me parecía poco menos que suicida. Os puedo asegurar que cada vez que veo –y ahora los veo por todas partes– esos anuncios que invitan a cruzar el desierto del Gobi en camión, ascender una montaña escondida en la jungla de Indonesia, visitar una tribu de bosquimanos en el Kalahari, descender en un trasto de goma las aguas poco tranquilizadoras del río Colorado, bucear entre tiburones en el Caribe, babear frente a una familia de leones en Namibia o fotografiar a los simpáticos pingüinos en la Antártida, nada me parece tan arriesgado, tan aventurado, como convivir con una cuadrilla de extraños que serán, al menos, tan raros como yo. Desde luego en el nombre no se han equivocado, a veces los llaman deportes de riesgo y en eso aciertan.

La verdad es que enviar una solicitud pensando en todo lo que anteriormente he contado demuestra que, como poco, se tiene una buena dosis de confusión o una cabeza bastante hueca. Y es verdad, lo admito, pero aún cometí un segundo error, tal vez peor: dejé que personajes poco fiables como la suerte, el destino o como queráis llamarlos decidieran por mí.

Envié un *mail* deseando llegar tarde y que el grupo estuviera completo, confiando en que la moneda saliera cruz; pero no, por lo visto los astros aquel día no estaban bien alineados y fui aceptado.